

DEL BUEN AMAR AL BUEN DECIR

El ángulo de inflexión que se produce en la poesía española de los años veinte, está en alguna medida determinado por el abandono de cierta lírica simbolista heredada del noventa y ocho y el modernismo; para ajustarse a una poética donde la metáfora alcanza su objetivo final: aniquilar la lógica del pensamiento para establecer una unidad entre elementos de origen tradicionalmente inconciliables. El encuentro de elementos míticos con figuras que totalizan una cotidianeidad, juega una prueba mayor en la poesía de Vicente Aleixandre, es decir, un papel fundamental. Pero esto ocurre también en otros poetas de su generación que, desde perspectivas acaso distantes, ofrecen una característica personal al uso de la palabra. Es, en definitiva, el poder de atracción que ejerce el surrealismo en toda su maravillosa intensidad. La cosmovisión del poeta asume, sí, una dimensión diferente. Y es en ese nuevo trayecto que la poesía de Aleixandre entra en la búsqueda de una realidad doble y profunda, e implicará una aritmética de los lazos anímicos del universo interior; que, de alguna manera, irá complementando esa carga particular de la literatura ibérica (que representa, sin duda, desde el gongorismo y aún antes), toda una corriente esotérica y de complejísimas variantes. Algo que esa generación del 27 no puede apartar de su camino: el gusto por lo esotérico y oscuro —como señala Hugo Friedrich (1)—, aunque también reclama más presencia de lo real en la temática de sus obras. Esa lucha permanente de definiciones estéticas que alcanza su grado máximo con la revolución *surréaliste* y toda su implicancia renovadora conocida. Estas raíces, que son de singular importancia para el desarrollo y crecimiento de su poesía, y que a estas alturas infinidad de artículos y trabajos al respecto ilustran, bastante acertadamente, todo aquel itinerario. El marcado apego por las formas del romance medieval, conserva un vivo interés a través del tiempo. Sobre esto agrega Friedrich: «Esta antigua vena de la poesía estaba caracterizada por su estilo oscuro, lleno de laconismos y alusiones, con

(1) Hugo Friedrich: *Estructura de la lírica moderna*. Seix Barral, Barcelona (España).

tendencia a confiar en la intuición y a suprimir los enlaces objetivos y lógicos. La lírica moderna se apoderó de este estilo. El oído español aprecia en algunos versos llenos de misterio de García Lorca, y aun de Alberty, la familiar sonoridad de los romances arcaicos, mientras que el extranjero sólo percibe un lenguaje enigmático, de una fascinación que no le parece nada popular» (2).

Es así que el carácter poético de Aleixandre converge, desde sus primitivos libros (*Ambito, Espadas como labios, La destrucción o el amor, Sombra del paraíso, Mundo a solas*, entre otros, hasta el más reciente, *Diálogos del conocimiento*), en una floración mágico-sensualista que pareciera decir a cada instante que «poesía es hechizo verbal» o «dinámica existencial», donde está arraigada una concepción paradisíaca del mundo y la naturaleza:

*Este beso en tus labios como una lenta espina,
como un mar que voló hecho un espejo,
como el brillo de un ala,
es todavía unas manos, un repasar de tu crujiente pelo,
un crepitar de la luz vengadora,
luz o espada mortal que sobre mi cuello amenaza,
pero que nunca podrá destruir la unidad de este mundo.*

(De «Unidad en ella»)

Para consustanciarse, al mismo tiempo, en una densidad evocadora constante que habla con seres perdidos («A la muerta», «Canción a la muchacha muerta», etc.) o en el culto al amor sin retaceos:

*Te penetro callando mientras grito o desgarró,
mientras mis alaridos hacen música o sueño,
porque beso murallas, las que nunca tendrán ojos,
y beso esa yema fácil sensible como la pluma.*

(De «El más bello amor»)

El significado que irá cobrando esa devoción por la sensualidad en todas sus formas—por el edénico amor que es ilusión diaria del vivir—, especie de divinidad que sólo se alcanza por medio de una dedicación casi mística, pero muy terrena, más que una vocación es un destino, un punto de llegada. Ahora bien, ese ardor, ese deseo absoluto, establece en Aleixandre una capacidad sonora cualitativa, más cercana a un Valéry que a un Cernuda, por ejemplo. Comparación que lleva implícita, más que una razón temática, una razón de intento en la perspectiva sensual que lo mueve en el entorno. La realidad

(2) *Ibid.*

entonces es una complejísima vertiente que exige al poeta que la capte en su integridad, que la descifre emotivamente, que la explique en su fondo intuitivo, con el corazón. El amor aparece en su textura pluriforme y cambiante. Es también su neurosis. El hallazgo de ese amor puede motivar el juego erótico, el desdoblamiento anímico y, en el mismo instante, la sorpresa de la carne:

*El día ha amanecido.
Anoche te he tenido en mis brazos.
Qué misterioso es el color de la carne.
Anoche más suave que nunca:
Carne casi soñada.
Lo mismo que si el alma al fin fuera tangible.*

Este poema, «El alma», permite dilucidar esa captación de Aleixandre en toda su expresividad. Quizá en él se resuelva esa lucha inagotable, del trasvasamiento onírico que intentara desde un inicio. El alma es coloración y cuerpo en su sensibilidad: puede tocarse y percibirse el calor, el olor... Ahí se observa, pienso, esa manera de concebir la «realidad» en su presencia dual. El poeta recibe todo su esplendor, toda su hondura y esencia. Pfeiffer dice que, tras todo poema logrado, parece verse un movimiento en círculo: primero, una vibración total inconsciente (temple de ánimo, ánimo atemperado, sintonizado); en seguida, una conciencia plasmadora y, finalmente, un retorno a lo inconsciente (no es posible aclarar del todo el resultado de la creación sin dejar un resto decisivo). De allí se desprende que una poesía será, pues, meramente hablada cuando este proceso creador circular se vea interrumpido y la expresión verbal de lo vivido sea obra de la sola conciencia; el «Hablar acerca de» usurpa entonces el lugar de la transmutación; la magia verbal es reemplazada por la mera reflexión. Y sigue Aleixandre:

*Alma mía, tus bordes,
tu casi luz, tu tibieza conforme...
Repasaba tu pecho, tu garganta,
tu cintura: lo terso, lo misterioso, lo maravillosamente expresado
Tocaba despacio, despacísimo, lento,
el inoíble rumor del alma pura, del alma manifestada.
Esa noche abarcable; cada día, cada minuto, abarcable.
El alma con su olor a azucena.*

Y así, eso es, irá describiendo y descubriendo el paisaje del alma. Tal vez como un misterio que se va tejiendo, organizándose en sus elementos más imperceptibles y sus hilos sonoros, hasta conformar un cuerpo suave, brillante. El jugo fermentado es ternura y misterio

de ayer. Escondite de fosforescencias liberadas que se hacen posesión de los cuerpos, penetración de las almas y éxtasis sensual:

*Así, amada mía,
cuando desnuda te rozo,
cuando muy lento, despacísimo, regaladamente te
toco.
En la maravillosa noche de nuestro amor.
Con luz, para mirarte.
Con bella luz porque es para ti.
Para engolfarme en mi dicha.
Para olerte, adorarte,
para ceñida, trastornarme con tu emanación.
Para amasarte con estos brazos que sin cansancio
se ahorman.
Para sentir contra mi pecho todos los brillos,
contagiándome de ti,
que,
alma, como una niña sonrías
cuando te digo: «Alma mía»...*

Poesía que trasgrede el tabú sexual, para afirmarse en la vivacidad perenne de una lírica de la que ya había gloriosos antecedentes en la literatura española con Lope de Vega, Garcilaso, Quevedo o Góngora. Como así también, en la más reciente poesía hispanoamericana.

Vicente Aleixandre, al igual que Lorca, Salinas y otros, es arquetipo de una poesía de purificación astral, de comunión de tiempo y realidad, de condena y pecado: sueño que explica la vida, quizá, o celebración íntima del ser que explica los sueños.

MANUEL RUANO

Coronel Rosetti, 592
Vicente López
(1602) Pcia. de Buenos Aires
ARGENTINA